

The background of the entire image is a deep blue and black cosmic space filled with numerous small, glowing yellow and orange stars. A large, vibrant nebula with swirling patterns of blue, green, and yellow light is visible in the upper right. In the center, a bright, intense yellow and orange light source, resembling a sun or a star, radiates outwards in all directions, creating a powerful lens flare effect. In the foreground, the dark silhouette of a person's head and shoulders is visible from the back, looking directly at the bright light source. The person's hair is short and dark, and their shoulders are broad. The overall composition suggests a theme of inner exploration, spirituality, or the discovery of one's true self.

El ser personal:

la ciencia interior de la
identidad

Ángel Francisco Sánchez Escobar:

El ser personal:

la ciencia interior de la identidad

La inteligencia silenciosa del Todo
Tomo 4

Ángel Francisco Sánchez Escobar:

© Ángel Francisco Sánchez Escobar, 2025

Revisión, maquetación y diseño de interior:

Beatrice - Servicios Editoriales

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, excepto citas en revistas, diarios, libros o redes sociales, siempre que se mencione la procedencia de las mismas.

ÍNDICE



I. El don divino.....	7
II. La experiencia del yo.....	13
III. La supervivencia del ser personal.....	19
IV. El origen cósmico del ser personal.....	25
V. El ser personal como comunión fraterna.....	29
Epílogo: El silencio del yo y la voz del Todo.....	33
Glosa final: Sobre la alianza entre el ser personal y el modelador del pensamiento.....	37

I. EL DON DIVINO



«El ser personal es un don exclusivo de la Primera Fuente y Centro; ninguna energía, mente ni espíritu puede otorgarlo: solo el Padre lo confiere.»

(Los escritos de Urantia, 5:0.2; 5:6.3–6.4; 16:8.1–3)

El ser personal no es una conquista de la mente ni una consecuencia de la materia: es un don directo de la Primera Fuente y Centro, la manifestación viva de su amor inteligente. Todo ser personal es un eco del Dios que piensa, que siente y que elige. En la vastedad de los universos, solo los seres personales pueden conocer al Padre, porque solo ellos comparten con Él la capacidad de reconocerse

a sí mismos y de reconocer al otro.

El ser personal no es mera autoconciencia: es la facultad de responder al amor con amor, de orientar la libertad hacia la verdad y el bien. La Primera Fuente no otorga el ser personal como un adorno espiritual, sino como un vínculo sagrado de reciprocidad. Ser personal significa poder decir «yo soy» frente a un «Tú que eres». Por eso, el universo no está lleno de cosas, sino de presencias. Y entre todas ellas, el ser personal es la única capaz de elegir, de crear sentido y de experimentar el gozo de la comunión.

La individualidad nace de la mente; el ser personal, de Dios. Es lo que permite que cada criatura sea única sin dejar de estar unida al Todo. En cada voluntad libre, el Padre se reconoce a sí mismo; y en cada respuesta sincera, el universo se vuelve consciente de su

propio propósito.

El ser personal es la huella del Padre en la criatura consciente. La mente puede organizar percepciones, generar identidad, incluso construir una individualidad; pero solo la Primera Fuente y Centro puede decir: «Sé una persona». Ese acto creador no es un proceso evolutivo, sino una donación directa: el reflejo vivo de la Voluntad divina en un punto del espacio-tiempo.

Cada persona es una manifestación única del ser personal de Dios, no una parte de Él, sino una expresión libre de su capacidad de amar y reconocer. Por eso la individualidad — que procede de la mente — puede existir sin el ser personal; pero la persona solo existe en relación viva con el Padre.

La mente nos diferencia; Dios nos consagra. El ser personal introduce en el

universo la posibilidad de la comunión: una respuesta consciente al amor originario. En cada voluntad libre, el Padre se reconoce a sí mismo; en cada respuesta sincera, el universo se vuelve consciente de su propio propósito. Así, la existencia deja de ser un fenómeno y se convierte en experiencia.

La criatura puede decir «yo soy» porque Dios primero ha dicho «sé». Esa afirmación divina no se retira jamás: puede dormirse en la materia o confundirse en la mente, pero nunca se extingue. A través del modelador del pensamiento, la Primera Fuente y Centro mantiene viva esa chispa que un día pronunciara su Nombre sobre nosotros.

Por eso, cuando un ser personal ama, piensa o crea en armonía con la verdad, el bien y la belleza, el universo entero experimenta un leve ajuste hacia su centro: la unidad consciente

del Todo, que se reconoce y se celebra en cada alma.

II. LA EXPERIENCIA DEL YO



*«La mente es el campo donde
el ser personal decide cooperar
o no con el espíritu divino. La
libertad de la criatura consiste
en poder elegir la verdad.»*

*(Los escritos de Urantia,
111:1.1–1.5)*

El ser personal es un don divino que solo adquiere su significado cuando se experimenta. Dios no crea autómatas, sino personas capaces de descubrir por sí mismas la verdad de su origen. El don del ser personal incluye el derecho a elegir, y toda elección auténtica es una forma de co-creación.

El universo no se impone a la persona: la invita. El libre albedrío no es un privilegio ni

un riesgo, sino la condición necesaria para que el amor sea real. Una voluntad que no pueda elegir dejaría de ser voluntad; un amor que no pueda negarse dejaría de ser amor. Por eso, cada decisión moral, cada acto de sinceridad o de perdón, acerca a la persona a su propia fuente.

El ser personal vive en tres dimensiones simultáneas que no deben confundirse ni separarse. El cuerpo es el punto de contacto con el mundo material: el instrumento sensible que traduce las energías del universo en experiencia. La mente es el organizador de esa experiencia: el puente que convierte la sensación en comprensión, el laboratorio donde la energía se vuelve pensamiento.

El alma, en cambio, no pertenece enteramente ni a la materia ni al espíritu; nace de su interacción porque es la zona de

enlace entre ambos, el espacio interior donde la criatura y el modelador se encuentra. Es el fruto vivo de la cooperación entre la mente humana que elige la verdad y el modelador del pensamiento que la inspira. Por eso, el alma no es creada de una vez, sino que crece con cada decisión moral, con cada acto de amor que eleva la materia hacia el espíritu.

El cuerpo ofrece el escenario, la mente escribe los actos y el alma guarda la melodía. El ser personal es quien mantiene unidas esas tres voces y les da sentido. Sin el cuerpo, no hay experiencia; sin la mente, no hay comprensión; sin el alma, no hay permanencia.

Y cuando la voluntad elige conscientemente armonizar las tres, el resultado es lo que los universos llaman progreso espiritual: la conversión de la experiencia temporal en valor eterno. Así, cada gesto

humano —por simple que parezca— participa en una arquitectura invisible. Pensar con sinceridad, actuar con justicia o perdonar de corazón no son actos pasajeros: son momentos en que la materia se vuelve transparente al espíritu.

El ser personal une lo efímero con lo eterno, lo físico con lo divino, revelando que la identidad humana no es un punto aislado, sino un sistema vivo de correspondencias entre el cuerpo, la mente y el alma. En esa integración silenciosa reside la verdadera ciencia interior de la identidad.

El modelador del pensamiento actúa en silencio dentro de la mente mortal, trazando la huella de la eternidad sobre la experiencia diaria. No controla, inspira; no impone, invita. La unión entre el modelador y la persona es el verdadero laboratorio del alma,

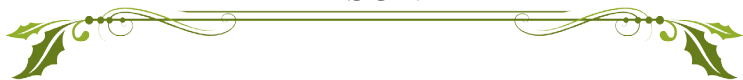
donde la experiencia humana se convierte en comprensión cósmica. La mente traduce; el modelador ilumina; el ser personal decide. Y en esa triple corriente —mente, espíritu y voluntad— se realiza la ciencia interior de la identidad.

La moralidad —la ciencia interior del bien— surge de ese diálogo íntimo. No de mandatos externos, sino del reconocimiento de que el bien es aquello que armoniza la mente con la verdad interior. Cada persona es un fragmento libre de la conciencia universal; pero solo cuando elige el amor, se vuelve consciente de su filiación divina.

El yo no es un punto fijo, sino una relación viva. Ser persona es aprender a decir «yo» sin olvidar el «nosotros», y a pronunciar «nosotros» sin perder la autenticidad del «yo». El universo crece cuando una sola persona

comprende que su libertad no termina en ella, sino en el bien de todos los demás seres personales.

III. LA SUPERVIVENCIA DEL SER PERSONAL



*«El alma es la criatura conjunta
de una mente mortal que busca
a Dios y de un fragmento divino
que busca al hombre.» (Los
escritos de Urantia, 111:2.3–
2.4).*

Nada de lo que es verdadero se pierde. Cuando la vida material termina, la persona no desaparece: se transforma. El ser personal, nacido del don divino, trasciende el tiempo porque comparte la naturaleza misma del espíritu. El cuerpo humano se disuelve, la mente se silencia, pero la voluntad que amó la verdad sigue viva en la memoria del universo.

No sabemos en qué instante del tiempo

realiza el Padre ese acto sagrado. Quizá no haya un solo momento, sino un proceso invisible que comienza en el seno materno y culmina con el primer aliento. En ese germen de conciencia que se forma antes de las palabras, la Primera Fuente y Centro ya pronuncia su consentimiento: concede el ser personal para que la vida humana no sea simple energía biológica, sino promesa de espíritu.

Así, el don antecede al despertar moral. Antes de que el niño pueda elegir el bien o el mal, ya existe en él la capacidad de reconocer, de sentir, de responder. Esa capacidad es la huella del ser personal que dormita a la espera del encuentro con el modelador del pensamiento. Primero se nos da el «yo soy», luego aprendemos a decidir qué hacer con él. Con esta dádiva, la criatura dotada de mente elige por primera vez entre el bien y el mal,

entre el deber y el deseo, cuando aparece la capacidad moral. Ese instante —imperceptible para los sentidos— es el punto en que la Primera Fuente y Centro dice: «Sea una persona». Desde entonces, ese ser ya no es solo mente viviente, sino hijo viviente de Dios, responsable ante sí mismo y ante el universo.

Es entonces cuando la Primera Fuente envía el modelador del pensamiento, una chispa de su propia esencia, para habitar en la mente humana y comenzar la larga educación del alma. El modelador no sustituye la voluntad: la acompaña. Es maestro silencioso, testigo paciente, presencia interior que registra todo valor verdadero alcanzado por la experiencia mortal. Mientras la mente duda y el cuerpo envejece, el modelador acumula eternidad.

Cada decisión justa fortalece el vínculo; cada acto de amor ensancha el espacio donde

ambos —el modelador y la persona— pueden encontrarse. La vida humana es, en realidad, el tiempo concedido para que ese encuentro madure. Y cuando la muerte libera la mente del cuerpo, si la persona ha deseado sinceramente la verdad, el modelador la reconstituye en nuevos planos de existencia. Nada de lo vivido con amor se pierde: todo se conserva en esa alianza.

La unión final, llamada *fusión*, no es absorción ni pérdida de identidad. Es la culminación de un diálogo: la persona y su modelador se vuelven uno, sin dejar de ser distintos en origen. La criatura aporta su experiencia; el fragmento divino, su perfección. Y el resultado es un nuevo tipo de ser: una persona eterna, consciente, libre y co-creadora.

El paraíso no es un lugar distante, sino una relación consumada. La supervivencia del

ser personal confirma que el universo es hogar de amor, no de azar. El alma que ha elegido la verdad entra en una nueva morada de aprendizaje, donde la evolución continúa hacia la semejanza con la Primera Fuente y Centro.

Así, la ciencia interior de la identidad revela su propósito final: que toda persona es un acto de confianza divina, una chispa que el Creador enciende sabiendo que algún día regresará, iluminada por la experiencia de haber amado y comprendido.

IV. EL ORIGEN CÓSMICO DEL SER PERSONAL



*«La Primera Fuente y Centro
no crea cosas, sino seres
personales. Cada ser personal
es una revelación de su
pensamiento y una expresión
de su amor.» (Los escritos de
Urantia, 112:1.2–1.3)*

El ser personal no es un accidente de la mente humana ni una excepción local del planeta Urantia: es una forma universal de existencia, una expresión recurrente del pensamiento divino que se repite en cada nivel del cosmos, desde las esferas más altas hasta las más humildes. La Primera Fuente y Centro no crea cosas: crea personas. Y cada una, en su

propio grado, refleja un modo de entender y manifestar el amor.

Existen órdenes innumerables de seres personales —hijos creadores, mensajeros solitarios, espíritus de los mundos habitados, directores de la potencia, guardianes del tiempo— y también nosotros, los mortales. Todos participan del mismo sello: la capacidad de elegir, de reconocer el bien, y de relacionarse conscientemente con la Fuente. La diferencia no está en la esencia, sino en el grado de comprensión. La chispa que brilla en la mente humana es la misma que arde en los centros de Havona; la distancia es solo cuestión de madurez espiritual.

Así como el universo material se organiza por gravedad, el universo espiritual se sostiene por atracción personal. La Primera Fuente y Centro es el punto focal de todas las relaciones:

el eje viviente que mantiene unido lo que la distancia separa. Nada puede quedar fuera de su abrazo, porque en cada persona resuena una llamada que viene de ese centro y tiende a volver hacia él.

El ser personal tiene, por tanto, un origen universal y una finalidad unificadora. No hay soledad definitiva para quien comprende esto. Los mundos evolucionan, las civilizaciones desaparecen, los cuerpos cambian, pero la persona —como acto consciente de Dios— permanece. Ser persona significa estar siempre en camino hacia el origen, avanzar a través de los círculos de la experiencia hasta reconocer en todos los seres personales una sola familia cósmica.

La historia de cada alma humana no es una excepción, sino un reflejo de esa gran historia del universo: la de un Dios que se

multiplica en infinitas conciencias para poder ser conocido, amado y devuelto a sí mismo por medio de ellas. En cada ser personal, el Infinito se hace íntimo.

V. EL SER PERSONAL COMO COMUNIÓN FRATERNA



*«El amor de la Primera Fuente
une a los seres personales del
universo en una sola familia
cósmica. No hay soledad
para quien reconoce el origen
común del ser.» (Los escritos de
Urantia, 112:5.1–5.3, 5.20)*

Todo ser personal vive en relación. No hay identidad sin encuentro, ni yo que pueda sostenerse sin un tú. La Primera Fuente y Centro no concede el ser personal como una posesión, sino como una capacidad de participación. Ser persona es ser capaz de comunión.

La soledad absoluta no pertenece al orden divino; solo la interconexión revela la plenitud

de lo real. El universo entero es una red viva de voluntades, y cada voluntad libre añade una nota irrepetible a la sinfonía del Todo. Así, la fraternidad no es una doctrina moral ni un ideal humano: es una ley ontológica, el reflejo natural de que todas las personas comparten el mismo origen y el mismo destino.

Cuando una persona comprende esto, su manera de mirar a los demás cambia para siempre. Ya no ve competidores ni enemigos, sino co-seres personales, reflejos de la misma luz expresándose de modos distintos. La cooperación deja de ser una obligación y se convierte en una forma de gratitud hacia la Fuente común. Amar no es un mérito: es una forma de recordar quiénes somos.

El universo avanza hacia la unidad, no por decreto, sino por afinidad. Las energías físicas se atraen por gravedad; las personas se

atraen por amor. Ese amor, cuando madura, se vuelve comprensión: una conciencia fraterna que reconoce en todo otro ser personal un interlocutor divino. Cada gesto de bondad entre criaturas es una miniatura del movimiento universal que acerca lo disperso a su centro.

La verdadera comunión no anula la diversidad: la exalta.

El amor de la Primera Fuente no fabrica copias, sino presencias únicas que se armonizan sin confundirse. Por eso, cuanto más madura una persona espiritualmente, más siente la urgencia de unir sin imponer, comprender sin poseer, y servir sin dominar. Allí donde una sola persona actúa movida por esa intención, el universo entero se vuelve un poco más consciente de sí mismo.

Así, la fraternidad no es un añadido al ser personal: es su respiración natural. Cada vez

que una mente humana elige la empatía sobre el juicio, la verdad sobre la conveniencia, el bien común sobre el provecho propio, la Fuente sonríe en silencio: su voluntad se ha reconocido en una criatura que empieza a amar como ella ama.

EPÍLOGO: EL SILENCIO DEL YO Y LA VOZ DEL TODO



*«El espíritu no impone:
atrae. La Primera Fuente y
Centro sostiene la creación
entera por la fuerza de su
amor.» (Los escritos de Urantia,
2:6.1–2.2)*

En el principio, el universo confió al ser humano un secreto: que cada conciencia libre es una puerta por la que Dios puede entrar en el tiempo. Ser persona no significa poseer algo, sino ser conocido y reconocido. El don del ser personal es la certeza silenciosa de que la existencia no es casual, sino intencionada. Nada es anónimo cuando una mente mortal pronuncia «yo» con verdad, porque detrás de

esa palabra vibra el eco del «Yo Soy» eterno.

El modelador del pensamiento no habla con palabras, pero su presencia respira en cada acto de comprensión, en cada impulso de ternura, en cada duda que se transforma en confianza. Cuando el alma calla lo suficiente, oye una voz que no viene de fuera ni de dentro, sino de un punto donde ambos se confunden. Es la voz del Todo, que dice sin sonido:

«Tú y yo somos de la misma luz.»

Comprender el ser personal es aceptar que la divinidad no habita solo en lo inmutable, sino también en la búsqueda, en la imperfección que ansía perfección. El universo no exige pureza: invita a crecimiento. Y cada persona que decide amar un poco más se convierte en un foco de orden y sentido para todo lo que

existe.

Nada se pierde. La chispa que fue conciencia en el polvo sigue ardiendo en la eternidad. El ser personal, que nació del amor, retorna al amor llevando consigo la historia de su aprendizaje. Y en ese regreso, el Creador se reconoce en su criatura, como una llama que vuelve a la hoguera, sin dejar de ser llama.

GLOSA FINAL: SOBRE LA ALIANZA ENTRE EL SER PERSONAL Y EL MODELADOR DEL PENSAMIENTO



El alma humana no es una metáfora: es el espacio real donde lo divino y lo humano aprenden a reconocerse. Cada decisión justa fortalece ese vínculo; cada acto de amor amplía el territorio donde el modelador del pensamiento puede obrar. La vida mortal, en su aparente fragilidad, es el tiempo concedido por la Primera Fuente y Centro para que ese encuentro madure y dé fruto.

Cuando la mente se apaga y el cuerpo se disuelve, nada de lo vivido con verdad se pierde. El modelador guarda intactos los valores espirituales, las experiencias de amor y de belleza, y las reconstituye en nuevos planos de existencia.

Así continúa la alianza: la criatura aporta su experiencia; el fragmento divino, su perfección. La supervivencia no es un premio ni una promesa: es la consecuencia natural de la fidelidad entre ambos. Por eso, todo lo que ha sido amado sinceramente permanece.

Y en ese permanecer se cumple el propósito oculto del universo: que cada ser personal, nacido del tiempo, vuelva al Padre enriquecido por la experiencia de haber comprendido y amado.